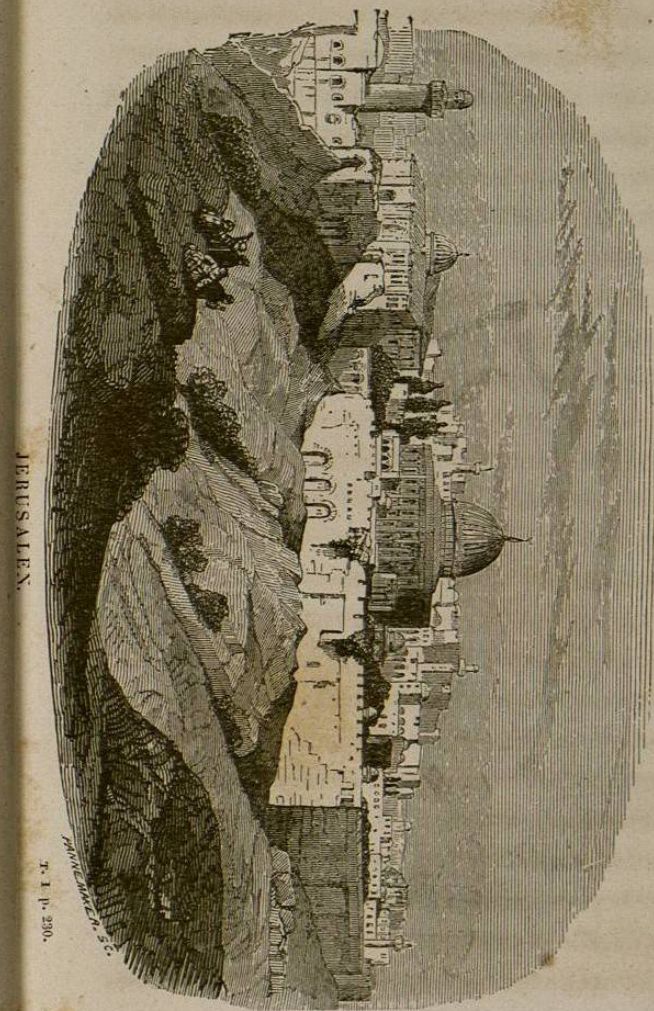


sus venas y multiplicó las crisis y desfallecimientos que siempre habia sufrido.

LXXIV

La extension y el afianzamiento de su poder en la Arabia dieron motivo á que fueron recibidos con hábiles consideraciones sus embajadores por Heraclio, emperador de los romanos, al pasar por Siria cuando iba á visitar á Jerusalem. El emperador colocó la carta de Mahoma en un cojin de brocado y colmó de presentes á sus enviados. A su vuelta, Mahoma, seguido por un gentío y un ejército inmenso, fué á cumplir la Meca la peregrinacion tantas veces aplazada.

A la cabeza de aquel pueblo, que habia reemplazado al suyo, rodeado de sus discipulos, convertidos en generales, montado sobre su camella Coswa, la mas famosa del desierto, con el sable, simbolo de sus victorias pasadas y futuras, pendiente de la cintura, entró por fin otra vez en su patria y en el templo, donde habia sufrido tantos ultrajes. Pero de ninguno se vengó. Religiosamente, en nombre del Dios de Abraham, cumplió todos los ritos de la antigua peregrina-



nacion al rededor de la Kaaba y en las colinas sagradas de la Meca.

El pueblo no tuvo que cambiar ni en un ápice sus ceremonias; solo cambió una idea en sus adoraciones. Él lo dejó en libertad de convertirse ó de perseverar en sus supersticiones. Un número muy considerable se convirtió al aspecto de la fuerza irresistible que les parecia justificar la mision del profeta; como señal de parentesco, eligió otra esposa entre los coraitas. Era la hija del jefe Abu-Sofyan, llamada Habibé; Mahoma volvió á Medina en medio de las fiestas de sus nupcias.

LXXV.

Sayd, su guerrero favorito, se puso á la cabeza de sus tropas escogidas para marchar contra la Siria. Los principes árabes de esta parte del Asia Menor, aliados de los romanos, habian juntado contra el dominador de la Arabia independiente un ejército de cien mil combatientes. Sayd sucumbió peleando contra tantos enemigos, y perdió la vida en la batalla. El estandarte de Mahoma, que llevaba Sayd cayó con él.

Djafar lo levantó; un sablazo le rebanó la mano derecha; cogió el estandarte con la mano izquierda; otro sablazo le cortó esta mano: continuó sosteniendo el estandarte entre los brazos ensangrentados y su pecho, hasta tanto que un lanzazo lo derribó envolviéndolo en los pliegues del estandarte. Otros tres guerreros lo empuñaron y murieron sucesivamente. Por último Khalcd logró conservarlo derecho, reunir las tropas y replegarse á Medina.

Al saber este primer revés, Mahoma mostró mas sentimiento por la pérdida de sus amigos que por su contraria fortuna. Fué á visitar á Esmá, mujer de Djafar, que murió defendiendo el estandarte, é hizo que le llevaran á sus dos niños, que besó llorando con ellos. « Apóstol de Dios, le dijo Esmá inquieta, ¿porqué lloras? — ¡No tienen padre! » respondió el profeta.

Al salir de casa de la viuda, tropezó en la plaza de Medina con la hija de Sayd, que ignoraba también la muerte de su padre. Estrechóla en sus brazos sollozando. « ¿Qué significan esos sollozos? le preguntó la jóven. — ¡Son; respondió Mahoma, pesares de un amigo que deplora la pérdida de otro amigo! »

Léjos de atribuir sus reveses á las tropas vencidas, salió á su encuentro para honrarlas, llevándose tras sí á todo el pueblo de Medina. Delante de él llevaba

sobre su camella blanca los hijos de los generales que habian perecido en el campo de batalla, vestidos de luto.

El ejército conducia sus cadáveres, y les mandó hacer funerales magníficos. En su loor se recitaron elegías heróicas. « ¡No lloreis por Djafar, dijo el profeta en el púlpito: por las dos manos que ha perdido por la fé, Dios le ha dado dos alas que le sirven para cernerse en el paraíso con los espíritus celestes! » A su viuda Esmá la dió en matrimonio á Abubekre.

El cielo justificó al parecer su confianza dispersando como el polvo la nube de sirios, romanos y árabes que habian vencido á Sayd. La discordia rompió su union. Además, protegido Mahoma por la desnudez de un desierto sin viveres y sin agua, no podia temer á una expedicion tan numerosa. Podia atacar por todas partes sin ser atacado jamás en su capital. El espacio y la soledad combatian por él. Su religion, trasportada por sus camellos y sus corceles era inatacable en su territorio. La derrota, la victoria y el tiempo multiplicaban de dia en dia á sus sectarios.

El jefe de los coraitas, Abu-Sofyan, suegro de Mahoma, habia ido á Medina sin salvoconducto para tratar con él, entró en casa de su hija Habibé y se sentó sobre su alfombra. Habibé retiró la alfombra de los piés de su padre. « ¿Qué haces, hija mia? ¿me

crees indigno de sentarme aquí? — ¡Esta alfombra, respondió Habibé, es el lecho del profeta de Dios, y tú estás manchado, porque adoras los ídolos! »

LXXVI

Los numerosos sectarios que tenía ya en la Meca y que no se atrevían á manifestarlo públicamente, le rogaban que fuera á sacarlos de su esclavitud moral; por otra parte, el deseo de reanimar á sus soldados, abatidos por la última derrota, exigía que llevara á cabo una conquista por tanto tiempo suspendida. No podía ya temer que los coraitas hicieran una resistencia desesperada. Marchó á la cabeza de veinte mil guerreros hácia la Meca, resuelto á plantar en ella su estandarte. Todos los corazones temblaron al saber su aproximacion. Uno de sus tíos, hijo de Abdel-Motaléb, llamado Abbas, salió á su encuentro con todos los suyos, y se declaró discípulo suyo. Abbas le sirvió de parlamentario para sus compatriotas. Abu-Sofyan, el general mas acreditado de la Meca, vacilaba todavía. Abbas lo lisonjeó, por orden de Mahoma, y le confirió el derecho de proteger á todos

los enemigos del profeta, que se refugiaron en su casa. Abbas colocó en seguida á Abu-Sofyan en una eminencia, desde la que podia ver desfilar al ejército conquistador. Abu-Sofyan se asombró al ver tantos guerreros, que lo deslumbraban con el brillo de sus armas. « ¿ Quiénes son esos hombres, dijo á Abbas, tan cubiertos de hierro que no se les ven mas que los ojos á través de la visera del casco? — Mahoma y su guardia, contestó Abbas. — ¡ Ah! en verdad, repuso Abu-Sofyan, ¡ que la monarquía del hijo de tu hermano es majestuosa! ¿ Qué estás diciendo de monarquía? Has olvidado que el hijo de mi hermano no es un rey sino un profeta? — Cierto, » dijo el guerrero coraita; y volvió á la ciudad para persuadir á sus compatriotas que era insensato combatir contra aquella fuerza que juzgaba sobrehumana.

Mahoma dividió su ejército en cuatro cuerpos y designó jefes para mandarlos bajo sus órdenes. Habiendo exclamado uno de ellos: « Gloria al profeta, hoy por fin es día de matanza! » Mahoma, que no quería ensangrentar su triunfo, lo destituyó al instante y nombró otro comandante. Volvió á la ciudad montado en su camello, y llevando á la grupa al hijo del mártir Sayd, que pereció en la última campaña. Abubekre y Osayd, tenientes suyos, iban á caballo junto á él: su guardia lo precedía y seguía

como una nube sombría. Cubría su cabeza un turbante negro, signo de terror, que no había ceñido hasta aquel día. Mandó plantar su tienda sobre una altura, que dominaba toda la ciudad.

Mahoma había entregado á Alí, para que saciara su venganza, á diez y siete proscritos exceptuados de perdon. Alí y los suyos los perseguían para matarlos. Dos de ellos buscaron asilo en la casa de una prima del profeta, hija de Abutaleb, llamada Hani. Negóse esta á abrir la puerta á los sicarios de Alí, y corrió á la tienda de Mahoma para implorar su indulto. Al verlo, Mahoma interrumpió su súplica, y dió algunos pasos hácia ella. « Sé bienvenida, prima mia, le dijo; ¿qué deseas de mí? — Te pido la vida de dos hombres que han venido á ponerse bajo la proteccion de mi hogar. — Tus protegidos lo son míos, respondió él; ¡que nadie los toque! »

En seguida montó á caballo y dió la vuelta al redor del templo. Habiendo visto una paloma de madera esculpida y pendiente aun del techo, la hizo pedazos contra la pared. A esta señal, los trescientos sesenta simulacros de ídolos que formaban la cornisa exterior del templo fueron precipitados y hechos polvo. « La verdad ha venido, exclamó; ¡que las sombras y las mentiras se desvanezcan! Coraitas, no háy mas Dios que Dios! Él ha cumplido las promesas

que hizo á su servidor, y ha hecho triunfar su único nombre de los enemigos que lo desfiguraban! ¡Nada de idolatría! ¡nada de desigualdades en la tierra! ¡Abajo la soberbia diferencia fundada en la antigüedad de las genealogías y de los antepasados! ¡Todos los hombres son hijos de Adan, y Adan es hijo del polvo! ¡El fin comun de la creacion es una sociedad fraternal! ¡El mas estimado de Dios es aquel que lo teme y lo sirve mejor en la tierra! »

Despues promulgó con una amnistía general el olvido de todas sus injurias personales.

Sentóse en seguida delante de la puerta del templo, consagrado por su palabra y por sus armas al Dios único, y pareció que gozaba en un éxtasis profundo, del cumplimiento de su mision y de la extension futura de su ley.

Abubekre trajo á su presencia á un ciego de cerca de un siglo de edad, que deseaba tocar ántes de morir la túnica del profeta, cuyo advenimiento esperaba mucho tiempo habia, contra las supersticiones de los de su raza.

« ¿Porqué han hecho salir de su casa á este venerable cheik? dijo Mahoma á Abubekre; ¡yo mismo hubiera ido á visitarlo á su morada! » Mandó sentar al anciano sobre su alfombra, y pasándole familiarmente la mano por el pecho, le propuso que pronun-

ciara la fórmula de la conversion al Dios único! ¡El anciano la pronunció con lágrimas de alegría!

Desde aquel punto fué á una eminencia de la colina de Jafa, donde recibió el juramento de toda la poblacion convertida. Esta conversion en masa de la patria de Mahoma alarmó de nuevo á los de Medina.— «Va á establecerse en la ciudad donde nació, se decian en voz baja unos á otros. — No, contestó Mahoma cuando lo supo, fiel al agradecimiento: ¡juro vivir y morir con vosotros!»

Habiendo hallado en la Meca algunos árabes de una de las tribus de su ejército á un guerrero de otra tribu que, segun el antiguo rito, les debia sangre, lo mataron. Mahoma hizo venir á su tribunal á los homicidas: «Cuando Dios crió la tierra, les dijo severamente, concedió á la Meca el privilegio de ser un lugar de asilo y de paz donde nadie debiera ejercer venganza ni contra un hombre ni contra un árbol! ¡Obedeced á Dios, que prohíbe el homicidio!» Y él mismo pagó el precio de la sangre á la tribu agraviada.

Poco despues dió el ejemplo del sacrificio de la venganza contra aquellos que le habian herido en lo mas vivo del corazon. Un hombre feroz, llamado Habbar, habia derribado del camello con un bote de su lanza á su hija Zaynab, en el momento en que

salia de la Meca para ir á reunirse con su padre en Medina. Zaynab estaba en cinta: pronto murió en los brazos de su padre de resultas de su caida. Habbar osó presentarse á Mahoma para reclamar la amnistia haciendo profesion de fé. «¡Ve en paz, le dijo, todo está cumplido con tu conversion al verdadero Dios!»

Otro infiel, llamado Ikrima, se habia ya embarcado en el mar Rojo huyendo de la venganza del vencedor. Mahoma le envió su turbante negro en señal de paz. Ikrima volvió á la Meca. Cuando se dispuso á presentarse al profeta, Mahoma temió que trasportados por la cólera al verlo, lo insultaran sus guerreros con el gesto. «Ikrima va á convertirse, les dijo, que nadie insulte aquí el nombre de su padre: insultar á los muertos es herir á los vivos.» El negro Wahchi, matador de Hamza, tio querido del profeta, las mujeres que habian mutilado los cadáveres de los creyentes en el campo de batalla del monte Ohud, en fin, la misma Hind, la furia que habia bebido la sangre del corazon de Hamza, fueron perdonados. Hind, oculta bajo un disfraz en el grupo de las mujeres que acababan de hacer profesion de fé en presencia de Mahoma, tenia esperanzas de no ser vista por él. El profeta la conoció y la llamó por su nombre. «Sí, yo soy Hind, le dijo ella, perdóname

lo pasado. » Al volver á su casa perdonada rompió los ídolos que no habian podido proteger á su patria.

LXXVII

Despues de estos actos de soberanía, Mahoma fué á orar sobre la tumba de su primera esposa, la virtuosa Kadidje. Permaneció allí mucho rato abismado en un recogimiento que nadie osó interrumpir. Nadie puede medir el interior tumulto de los pensamientos, recuerdos, tristezas, alegrías de Mahoma, mártir tanto tiempo, triunfante al fin, que ve su obra consumada y que va, por decirlo así, á depositarla en el sepulcro de la que fué, en la época de la incredulidad general la primera creyente, la primera neófita y confidente de sus designios. La muerte de Kadidje arrebatava á Mahoma el deleite mas dulce de su conquista, el de hacer participar de su triunfo á la esposa que habia compartido voluntariamente con él sus persecuciones y sus desprecios. Pero la coronó como á Inés, despues de haber sido sepultada, con

los versículos del Coran, hechos en alabanza de aquella *mujer de fé*.

LXXVIII

Antes de volver á Medina, Mahoma dispersó la mayor parte de su ejército por la Arabia Petrea para imponer con el ejemplo de la Meca y el aparato de la fuerza la sumision á todas las tribus. Sus tenientes tenían orden de presentarse mas bien como conquistadores que como aliados, con la prohibicion de deramar sangre. Uno de ellos, Khaled, infringió esta orden y pasó á cuchillo á una tribu que iba á pronunciar el acto de fé al *Dios único*! Al saber esto, Mahoma indignado levantó los brazos al cielo y exclamó: « Dios mio, yo soy inocente del crimen de Khaled! »

En su marcha á Medina, fué atacado á la salida del desfiladero de Arafat por una coalicion de guerreros de las tribus infieles, mandada por un anciano ciego, de mas de cien años de edad. Su brazo no podia ya manejar el sable; pero su experiencia lo hacia considerar como el oráculo del desierto. Pasaba

la revista á sus grupos por el ruido de sus hordas, que reconocia sin necesidad de que las nombraran. « En tal sitio estamos, decia él, buen campo de batalla para la caballería, porque el suelo no es pedregoso ni movedizo! — Oigo balar las ovejas de tal tribu; — oigo rebuznar los ásnos de tal otra; — oigo los pasos de los camellos de esta; — oigo las herraduras de los bridones de aquella; — oigo llorar á los niños y cuchichear á las mujeres detrás de los guerreros.

Esta multitud, desembocando de repente por las gargantas de las montañas que ocultaban sus escuadrones, rechazó y dispersó á los musulmanes hasta llegar revueltos adonde estaba Mahoma, quien estuvo á punto de perecer en medio de su triunfo. Lanzando su mula blanca Doldol á toda carrera y parándose en una altura, logró con dificultad reunir á sus aterrados guerreros. « ¡A mí! gritaba con voz de trueno, ¡á mí los que han jurado morir debajo de la *acacia!* » Este sagrado recuerdo contuvo á los débiles y tranquilizó á los valientes. El combate se empeñó contra los infieles. Mahoma, levantándose sobre los estribos para dominar con la vista la refriega, batió palmas de alegría y gritó: « ¡Por fin se ha encendido el hornillo! »

Alí corta los corvejones al camello que montaba el

scheik secular; el estandarte cae al suelo con el animal y el ginete; los musulmanes alcanzan la victoria; al ver en tierra el estandarte, Mahoma se exalta: « Échate, Doldol, dice á su inteligente cabalgadura. » La mula se arrodilla, el profeta coge un puñado de arena y la arroja como una maldicion contra los infieles.

LXXIX

Entretanto, el anciano jefe de los coaligados, vuelve á montar en otro camello, y colocado por sus hijos en una litera suspendida, huia hácia una de las gargantas de las montañas. Un soldado jóven de los de Mahoma, Rabbya, alcanza el camello, y creyendo coger á una cautiva, abre la litera y ve á un viejo: « ¿Quién eres tú, y qué quieres? le dijo el ciego. — ¡ Soy Rabbya, guerrero de Mahoma, y quiero darte muerte! » A estas palabras, Rabbya descarga sobre el prisionero un sablazo poco seguro, que no hace mas que herirlo en la garganta. « Niño, dijo el anciano, tu madre te ha armado con un sable mal afilado; toma el mio que está en el fondo de mi litera,

y hiéreme entre la nuca y el cráneo : ¡ así he derribado y muchas cabezas ! Y cuando vuelvas á ver á tu madre, dile que has matado al anciano hijo de Simna. ¡ Tu madre te dirá lo que me deben las mujeres de tu tribu ! »

Después de oír estas palabras, Rabbya busca el sable, lo empuña y corta la cabeza á su prisionero. Al despojarlo de sus vestidos, se admiró de ver su cuerpo cubierto de vello como el de una fiera de los bosques, excepto en la parte interior de las piernas, que había puesto tan lisas como el mármol el roce perpetuo del corcel de guerra. Rabbya llevó á su madre la cabeza blanca. Su madre lloró al verla : « ¡ Desgraciado ! ¡ has derribado la cabeza de un hombre á quien han debido en otro tiempo tres mujeres pertenecientes á tu familia su honor y su vida ! »

LXXX

Mahoma persiguió los restos de los confederados que se refugiaron y fortificaron en la ciudad de Taief. Jefes, guerreros, mujeres, rebaños, todo cayó en sus manos. Una jóven, tratada ásperamente por los ven-

cedores, exclamó : « ¡ Respetadme, porque soy muy allegada al profeta ! » Condujéronla á la presencia de Mahoma. « ¡ Profeta de Dios, le dijo, yo soy Chaima, hija de tu nodriza Halima ! — ¿ Cómo me probarás lo que afirmas ? respondió Mahoma. — Con la señal de un mordisco que me diste en el hombro un día en que te llevaba acuestas, cuando eras todavía niño. » Descubrióse y enseñó la cicatriz de los dientes de su hermano de leche. El recuerdo de su infancia y el de los cuidados maternos, recibidos cuando nada presagiaba su grandeza en esta pobre tienda, enterneció á Mahoma. Sus ojos se humedecieron : se quitó su propio manto y lo extendió en el suelo para que sirviera de alfombra á su hermana de leche. « Si te quieres quedar conmigo, le dijo, te trataré como á una hija de mi madre ; si prefieres volver á tu tribu, te aseguraré una suerte cómoda y apacible. » La hija del desierto prefirió su tienda de Medina, y partió enriquecida con los dones de Mahoma.

LXXXI

Los vencidos le enviaron parlamentarios bajo los muros de Taief para pedirle sus cautivas y sus bie-

nes: « Profeta de Dios, le dijo un anciano que llevaba la palabra en nombre de su patria, ¡tú has sido criado en medio de nosotros! Esas mujeres que la victoria ha puesto en tus manos, son las tías, las hermanas, las primas de tu nodriza, de tu segunda madre. ¡Por la leche que has mamado, has contraído parentesco con ellas; vuélveles la libertad, y habrás cometido un acto de generosidad, digno de tu piedad! Si hablásemos á los reyes de Persia ó de Siria, rechazarían nuestras súplicas; ¡pero tú podrias contristarnos con una negativa! » Las cautivas fueron devueltas á los guerreros á ruegos de Mahoma: los demás despojos fueron guardados. Veinticuatro mil camellos, cuarenta mil carneros, millares de caballos, y tesoros en alhajas y oro amonedado, fueron divididos entre los vencedores. Mahoma entregó su parte á los árabes que consintieron en profesar el islamismo. « Compró armas para el verdadero Dios, » dijo.

Esta distribución produjo murmuraciones: « Tú no eres justo, profeta, le dijo insolentemente un árabe. — ¡Desgraciado de tí! » le respondió el profeta indignado. Omar quiso herir al temerario con su sable. « No lo toques, Omar, dijo Mahoma; la Providencia tiene un designio respecto de ese hombre; una secta debe nacer de él que atravesará el isla-

mismo, como una flecha, lanzada con demasiada fuerza, atraviesa el blanco. » Esta profecía, inspirada sin duda á Mahoma, por el germen de un cisma sembrado entre los musulmanes, que él conocia, se verificó en una secta de místicos exageradores de la religión práctica de Mahoma.

LXXXII

« El apóstol nos olvida, » murmuraban también los medineses; sus favores los guarda para sus ingratos compatriotas de la Meca. » Sabedor de estas murmuraciones, los convocó Mahoma. « Conozco vuestras secretas quejas: cuando vine á vosotros ocho años hace, estabais sumergidos en las tinieblas, y os iluminé; erais débiles contra vuestros enemigos, y os di fuerzas; la discordia os devoraba, y os reconcilié. ¿No es verdad que hice esto? continuó. — ¡Sí! gritaron los sediciosos, conmovidos por estas verdades, ¡sí, y te debemos gratitud! — Pues bien, no, repuso generosamente Mahoma, ¡yo soy quién os la debo! Vosotros podriais responderme de otro modo, vosotros podriais decirme: ¡Tú has venido á nosotros fu-

gilivo, y te hemos acogido; proscrito y te hemos defendido; pobre y te hemos enriquecido; acusado de impostura y hemos creído en tí; rechazado por todo el mundo cuando predicabas tu doctrina, y hemos adoptado tu ley; eso podriais responderme, y hubierais dicho la verdad! — No, no, replicaron los medineses, ; nosotros debemos todo á Dios y á su apóstol! » Lágrimas de ternura y de reconciliacion corrian de los ojos de Mahoma y de los de los descontentos durante este diálogo, combate de reconocimiento. « Amigos, dijo Mahoma con voz que entrecortaban los sollozos, sentís no haber participado de los bienes perecederos que he repartido entre los hombres de poca fé, á quienes es preciso adherir por medio de recompensas carnales á la causa de Dios! Pero á vosotros, que sois desinteresados y estais firmes en vuestra fé, no necesitaba yo seduciros y atraeros á la verdad! Qué se lleven otros los rebaños de ovejas y los camellos; vosotros os llevais al profeta de Dios al seno de vuestras familias! Por aquel que tiene en sus manos el corazon de los hombres, pertenezco á los creyentes de Medina y siempre estaré con ellos! Dios mio! prosiguió con un acento de oracion lírica, como si participara á su pueblo sus coloquios con el cielo; Dios mio! sé propicio á los medineses, mis aliados y mis fieles! Extiende tu misericordia sobre ellos de

padres á hijos, y de generaciones en generaciones! »

El pueblo se conmovió tanto con esta elocuente invocacion, que exclamó: « Por nuestra parte estamos satisfechos; combatimos por el cielo y no por despojos. » Todas las barbas, dice Kitab-al-Aghani, se mojaron con lágrimas.

LXXXIII

Despues de esta division de los despojos, volvió otra vez á la Meca para consolidar allí su dominacion y dejar á un virrey que gobernara bajo sus órdenes. En este viaje le pidió permiso uno de sus nuevos convertidos de Taief para predicar el islamismo en su ciudad, mal sometida todavía á la nueva fé. Mahoma le aconsejaba que no lo hiciera, pero el zelo del mártir impelia al creyente. Entró en su ciudad natal, y predicó al pueblo desde un balcon de su casa. Una flecha partió de las filas de los idólatras, le cortó la palabra y cayó muerto.

Dió gracias á Dios por haber sido herido de muerte por su causa, y pidió como única venganza el que lo sepultaran entre los musulmanes, que perecieron en el asalto de Taief.